

Reseña

José Sergio Leite Lopes 2011, *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*

Buenos Aires, Antropofagia, 320 pp.

ISBN 9789871238842

Magali Luciana Paz*

Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC.
magaliartano@gmail.com

“El valor de intercambio, la emergencia de un tercer término abstracto entre dos objetos no comparables (una abstracción que, por medio de la dialéctica histórica desarrollada por Marx, toma la forma del dinero), constituye la forma primordial por la cual la identidad surge en la historia humana”.
JAMESON, Fredic, *Marxismo Tardío*, 2010, p.47.

* Doctora en Antropología (Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina. 2016) y Profesora en Historia (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. 2008). Tuvo Beca Interna de Finalización de Doctorado (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. 2015 -2017). Participa como investigadora del Programa de Estudios de la Relación Capital /Trabajo en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS-CONICET-UNC) a cargo del Dr. Fernando Blanco desde 2009. Integra también el proyecto de investigación UBACyT F 035, denominado “Pequeños productores indígenas y criollos: conflictos por la apropiación y gestión de los recursos”, dirigido por A. Balazote Oliver (2008-Continúa), radicado en el Instituto de Ciencias Antropológicas, F.F. y L., UBA. Tiene cargo de adscripta en la Cátedra de Antropología Social y Cultural. Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC.

“El personal acá dice que el obrero nace en la caridad [ríe], se cría en la fe y muere en la esperanza [ríe mucho]. Cocinador en la usina del azúcar. LEITE LOPES, José, El vapor del Diablo, 2011, p.166.

El argumento principal del libro de Leite Lopes sostiene que los obreros del azúcar en el nordeste brasilero a pesar de encontrarse totalmente desposeídos de los medios de producción y del producto de su trabajo, se apropian de una cultura tecnológica y de un código propio de trabajo que implica no sólo “*la habilidad para coordinar el cerebro y la mano*”, sino también una concepción propia sobre las relaciones sociales subyacentes a la producción y los modelos de comportamiento coherentes con dicha concepción. Para fundamentar tal propuesta, el antropólogo estructura su libro realizando un cruce entre la teoría y la empiria y avanzando en la reconstrucción de la cotidianeidad de los trabajadores a partir de una experiencia en el campo que objetiva mediante las entrevistas a los trabajadores en la esfera doméstica, las visitas a la *usina*, el vínculo con el sindicato, etc. Vale la pena destacar que en el análisis, el autor desnaturaliza las relaciones en que se configuran los procesos de trabajo y la experiencia de los trabajadores. En efecto, nos encontramos con sujetos que desarrollan sus prácticas en el seno de un entramado relacional que los condiciona; los distintos grupos de obreros del azúcar se auto-identifican a través de posiciones que no expresan otra cosa que su inscripción en diferentes procesos de trabajo, cuestión que determina las distintas percepciones que estos trabajadores tienen sobre el salario y el tiempo. Tal opción epistemológica y de método, le permite al autor realizar un re-interpretación de categorías derivadas del marxismo sobre las relaciones de explotación y subordinación, destacando las conexiones y las sincronías en las prácticas heterogéneas de una clase obrera configurada a través del desarrollo de un sistema capitalista dependiente y contradictorio.

En la Introducción, Leite Lopes nos advierte que la literatura específica sobre la *plantation azucarera*, ha abordado la existencia de la industria en sus dominios agrícolas dejando así una laguna abierta en torno a las características específicas de los obreros industriales en un medio rural. Ergo, la fábrica ha sido tratada como el lugar del mejoramiento de la materia prima agrícola, y “*como si los obreros que la hacen funcionar dejaran de ser los apéndices humanos de las máquinas para formar un cuerpo único con ellas, convirtiéndose en uno más de sus engranajes*” (p. 70).

En concomitancia con el argumento central de la obra, el autor afirma desde el comienzo, que la profundidad de la dominación a la que estos obreros están sometidos –dominación propia al modo de producción capitalista, que penetra y ocupa todos los puntos de la esfera de producción - no impide que ellos socialicen dentro de las reglas del *trabajo colectivo*. Tal situación puede redundar, mutatis mutandis, en un arma para su lucha de clase cotidiana, en una resistencia contra la extracción de plusvalía. La apuesta del autor es explicar esta particular “*cultura obrera*” tal como se manifiesta en la *producción* pero sin descuidar el análisis de aquellos aspectos ligados a la familia, a la vivienda y a la vecindad de los obreros. De este modo, nos encontramos con una descripción minuciosa del proceso de producción de la usina - sección de fabricación, talleres de mantenimiento, transportes- como así también del barrio obrero creado en las proximidades de la fábrica, las *relaciones sociales fundamentales* recurrentes en todas las usinas de la región, a partir de las categorías de pensamiento de los obreros, sus prácticas y las de la administración. (pp. 71-78).

El primer capítulo de la obra está dedicado a la descripción y el análisis del *proceso productivo* en la usina del azúcar donde impera una división interna del trabajo rígidamente establecida y con diferentes formas de cooperación en sus distintas secciones, es decir, existe una fuerte jerarquización de las funciones obreras dentro de ella. Según Leite Lopes, cuando el obrero nombra su ocupación como una profesión específica, rápidamente pasa para una nueva clasificación a través de la cual define si esa ocupación es un *arte* o una *profesión* y, consecuentemente, si él es un *artista* (u oficial) o un *profesionista*. *Profesión* es una categoría que se opone a *arte*, entendiendo a éste como un tipo específico de trabajo útil realizado tan sólo por una parte de los obreros, los *artistas* u *oficiales*. El carácter específico de esas categorías está dado por la “reinterpretación creativa” que los obreros hacen de ellas. Los *profesionistas* se describen a partir de la noción de *responsabilidad* que tienen en relación con la materia prima y el producto; en los diversos contextos en los que aparece, “*esa responsabilidad retrata más la vigilancia del material sobre el obrero que la vigilancia del obrero sobre el material del hombre*” (pp. 93-94). La figura arquetípica dentro de los profesionistas es la del *cocinero*. A su vez, el profesionista es conocido como un “*contador de horas*”: un esclavo de su propia jornada de trabajo. Preocupado por realizar el mayor número posible de horas para poder aumentar su salario, “*el profesionista no piensa por ejemplo en reivindicar una jornada de trabajo menor a un precio de trabajo igual*”. Por su parte, los *artistas* tienen un lugar principal en la producción que ellos definen con el verbo “hacer”: fundir, soldar, moldear, restaurar. El código del arte no necesita de una “prueba” formal delante del jefe: el “*artista de verdad*” es

reconocido por su práctica cotidiana, y este es un elemento esencial de su autovaloración. (pp. 107-111).

En el segundo capítulo, se analiza cómo, a partir de la monotonía del trabajo, la atención sobre las máquinas, la dependencia del obrero a su *aparato*, sumado a la vigilancia que ejerce la administración de la usina, se crea “*un clima de pesadilla diurna para el trabajador somnoliento*”. Tal como afirma el autor:

“Mientras la fuerza de trabajo del profesionalista es consumida por una extensa jornada de trabajo rutinaria durante la molienda, los artistas viven bajo la expectativa de una convocatoria abrupta para el trabajo, quebrando su ritmo de tiempo normal. Las causas de sus enfermedades más frecuentes: el ambiente caluroso y la insalubridad tóxica de ciertos aparatos. [...] El peso de la reprimenda, la suspensión del obrero y las amenazas de un empleado jodido están en el aire como potencialidades concretas”. (p.156).

Estos elementos de la usina -propios de alienación hegemónica del capital-, como la falta de seguridad física y mental de los operadores humanos, el trabajo repetitivo y monótono de larga duración diaria, la puestas en escena montadas por la administración de la usina cuando es visitada por representantes de la legislación laboral, la diferencia entre los años efectivamente trabajados y aquellos que registran los trabajadores en su libreta, entre otros; no impiden que los obreros ejerzan resistencia y tengan sus armas de reivindicación ofensiva. .. Así, Leite Lopez explica el “arte” de demorar el trabajo que tienen los profesionistas, utilizando al mínimo necesario su fuerza de trabajo y su atención sobre las máquinas, cuestión que se refleja inmediatamente en la producción del taller. También la “viveza” de los obreros para escapar a la vigilancia de la administración o para dedicarse a otras actividades durante su tiempo libre (como por ejemplo la huerta, la “changa” de hacer ladrillos en el fondo de la casa para vender en la ciudad o incluso para la usina; la construcción de su casa propia en la ciudad más próxima, etc.). (pp. 169- 172).

El tercer capítulo está dedicado al análisis del *fetichismo del salario*. Se pregunta nuestro autor: ¿por qué se destaca en los obreros del azúcar una disposición a trabajar más y más horas extras para alcanzar la subsistencia que le niega el pago de la jornada legal? ¿Cómo puede el obrero dejar de enfatizar en su discurso la insuficiencia del salario en lugar de enredarse en dicha “ficción”? El “*fetichismo del salario por hora*” de los profesionistas responde, según Leite Lopes, al fantasma del desempleo que los rodea principalmente durante la época de la inter-zafra, cuando sus funciones ya no son imprescindibles a la usina. (pp. 181-188). A dicha situación, se suma el hecho de que los obreros se dedican al trabajo por

cuenta propia en pequeños lotes de subsistencia con la finalidad de completar su alimentación básica (*huertas de subsistencia* obtenidas como una concesión ocasional de la usina y trabajadas durante una parte de su “tiempo libre”):

“Esa extensión disfrazada de la jornada laboral refuerza la penetración de la esfera del trabajo en la esfera doméstica. Bajo las apariencias de una apropiación por los obreros de los bienes de subsistencia que ellos mismos produjeron, se trata en realidad de un plus a través de una inversión en trabajo que compensa un salario insuficiente, y que vuelve indirectamente para el usinero. El tiempo de trabajo necesario a la subsistencia del obrero debería completarse dentro de los límites de la jornada de trabajo; sin embargo, supera dicha jornada y se prolonga sobre el tiempo libre del trabajador”. (p. 196-197).

Tal creencia en la equivalencia de los servicios prestados entre los obreros y la administración de la usina se puede manifestar según la antigua *lógica del don* que, en este caso, tiene como soporte material la concesión de la vivienda en las casas de la usina (que implican leña, agua y luz), la huerta para la subsistencia, la relación personalizada que existe entre el obrero y los jefes de sección dentro del trabajo, y, últimamente, en la concesión de derechos que se va imponiendo progresivamente debido a la efectivización de la legislación laboral. (p. 207). Un aspecto importante a considerar aquí, es la tendencia a la perdurabilidad de este tipo de relaciones, dadas las dificultades que presenta su ruptura tanto en el plano económico como simbólico. La triple obligación de *dar, aceptar y devolver*, señalada por Mauss (1971), cobra en el intercambio simbólico su mayor expresión. En él resulta evidente que es imposible la cancelación, lo que otorga perdurabilidad a las relaciones. El “fetichismo del salario” de los obreros del azúcar, enmarcado en estas características, supone, en cierta medida, la construcción simbólica de una “*zona de indefinición*” y el pasaje de la indefinición a la definición no es el resultado de un accionar igualitario. La determinación del momento, la forma en que se llevará a cabo y sobre todo, quien fijará la nueva equivalencia emergerá del inter-juego de una dinámica de poder en la que obviamente no es el obrero el más favorecido.

Por su parte, los *artistas* vinculan la razón de ser de su recompensa por el trabajo realizado con el producto de su trabajo, con su capacidad para *hacer* piezas acabadas y en control que poseen sobre el proceso productivo. Nos encontramos así con una doble situación que, en definitiva, redundará en beneficios para la administración: “*una tendiendo al ‘fetichismo’ del tiempo y la otra tendiendo al ‘fetichismo’ del producto*” (p. 217). Lo particular en el caso de los artistas es que no se les otorga un aumento de salario por cada reparación realizada o por cada pieza acabada: lo que normalmente rige su salario es el pago por hora

trabajada. Ergo, los artistas no pueden evaluar el precio de sus tareas o de la fabricación de determinadas piezas. Asimismo, la administración de la usina limita y encuadra las potencialidades del “arte” y de los artistas que ella misma suscita rebajando a determinados obreros y “promoviendo” a algunos otros para cargos de mando, situación que impone otras distinciones entre los obreros de taller que no son únicamente las del “arte”. (pp. 218-226).

El *mercado de trabajo* de los obreros del azúcar (cuarto capítulo) es, por consiguiente, muy singular, pues a las fluctuaciones estacionales de la producción, que alternan grupos de trabajadores generando entre los obreros el temor latente al desempleo temporal; debemos sumarle la penetración de la esfera del trabajo en la esfera doméstica del obrero, y la existencia de concesiones extra-monetarias que van más allá del usufructo de las casas de la usina (la huerta como complemento alimenticio, o la venta de sus productos como ingreso adicional, etc.) (p. 235). Tal como lo señala el autor, no debe resultarnos extraño que el poder de redistribución del propietario y de la administración constituya una referencia constante en el discurso de los trabajadores en tanto ésta abarca todo lo que sucede dentro de su usina y condiciona, finalmente, y de manera irremediable, el “mercado de trabajo” de los obreros del azúcar.

6



El libro cierra con las conclusiones y con un glosario elaborado por el autor que contiene algunas categorías y nombres en portugués que no han sido traducidos debido a la cabal especificidad de sus significados y/o a la historicidad de sus denominaciones, por lo que recomendamos su consulta.

Dos discusiones epistémicas queremos recuperar de la propuesta de Leite Lopes (y que guardan relación a lo afirmado por el autor en las conclusiones de su excelso trabajo). Por una parte, su propósito de romper intencionalmente con las inercias antropológicas y elaborar categorías adaptadas a las lógicas específicas de su objeto de estudio. Las condiciones de pensamiento y los modelos de comportamiento de los obreros del azúcar se afirman en el cuadro de la dominación ejercida sobre ellos por la usina, esas “realidades prácticas” también se sostienen de diversas maneras, según la diferenciación interna de estos trabajadores y el auto-reconocimiento que de tal experiencia ellos realizan siendo que no siempre responden a las mismas estructuras causales. Por otra parte, Leite Lopes propone una interesante discusión sobre las dificultades que tienen estos grupos de obreros -incluso en sus posiciones más defensivas y de hostilidad con la usina y su administración- para la unión combativa de la clase trabajadora contra el despotismo de la fábrica de azúcar. Sin embargo, también destaca que el punto de vista *ilegitimador* del orden social que tienen los *artistas*

contagia al resto de los obreros, y que la tendencia a la expropiación cada vez más atroz por parte de la administración, aproxima los reclamos de los trabajadores y sus formas de resistencia en unión con los *moradores* de la parte agrícola, cuestión que altera la división que la usina se empeña en reforzar entre obreros y trabajadores rurales, *división estratégica* para la dominación sobre todos sus trabajadores.

La perspectiva adoptada en el libro también resulta meritoria al restituir a la antropología del trabajo la idea de que la producción industrial debe ser entendida como la síntesis entre el acto teleológico y, por consiguiente, práctico, con el análisis de la totalidad de actores y situaciones que intervienen en tales procesos. Esto permite desnaturalizar el fatalismo de algunas interpretaciones que ven en el marxismo sólo el predominio de las motivaciones económicas para la explicación de lo social y reconocer la complejidad y la multidimensionalidad de las formas de dominación y resistencia en el “capitalismo tardío”.